

bien, añadió la mujer, si usted no es ateo, deme prueba de ello rezando el credo y si no puede decirlo le dejaré perecer ahí por infiel. No descubriendo el filósofo otra persona por allí cerca, ni hallando otra alternativa sino someterse a la condición de la mujer, o sepultar su alma y cuerpo en el cieno, rezó el credo en alta voz y con la mayor atención, por temor de que un error le fuese imperdonable, y cuando al amen, la buena mujer le ayudó a desembarazarse del cenagal, partió cada uno muy satisfecho por su camino: la mujer saltando de gozo por haber hecho rezar el credo a un infiel, y el incrédulo filósofo convencido de la necesidad de aprender de memoria a lo menos el credo.

La vida a bordo de un submarino

De la simple descripción de un sumergible, resulta que este buque es en cierto modo una trinchera móvil en la cual se debe vivir en continua actividad, puesto que, cuando el navío está en el mar, todos sus órganos deben funcionar sin interrupción.

Si, para la navegación en superficie o sumergido, todos sus órganos no funcionan a la vez, se sustituyen entre ellos para asegurar esa movilidad que caracteriza por sí misma al navío: "movilis in movile," que dicen los latinos.

El efectivo de la tripulación de un submarino está determinado por la necesidad de hacer funcionar los órganos. Para el tipo de que más se ha hablado: el efectivo es de dos oficiales y veinticuatro hombres; este efectivo parece pequeño, dado el número de órganos y su constante actividad. La tripulación, durante la navegación regular, está dividida en dos tandas, las cuales alternativamente, y en horas fijas, ejecutan las maniobras. Una tanda reposa mientras la otra procede a las operaciones

necesarias. La tanda que trabaja se llama "de cuarto"; en las ocasiones graves, todos los hombres están "de cuarto."

Los oficiales de a bordo son un Teniente de navío, Comandante, y un Alférez de navío, segundo Comandante. ¿Cuál es la vida de estos hombres a bordo? Las tres cuestiones a resolver, concernientes a la existencia en los submarinos, son la aireación del navío en inmersión, la alimentación de los hombres y su descanso; en tres palabras: respirar, comer y dormir.

Al principio de la navegación submarina, la cuestión de la aireación no había preocupado, porque no se preveía más que una inmersión de corta duración y se contaba con la cantidad de aire interior para asegurar la vida de los hombres.

Con los progresos de la navegación submarina la cuestión se hizo urgente, y he aquí los procedimientos empleados para la renovación del aire: en tanto que el navío está en la superficie, la renovación del aire se verifica por sí misma por los paños, por la torre; si el tiempo es bueno, no se toma ninguna precaución, y todo queda abierto; si la mar está agitada se cierran los paños y se establecen ventiladores que impiden los riesgos de una invasión y que aseguran la ventilación; pero si se navega en inmersión, el aire no puede renovarse más que por medios químicos; la cantidad de aire interior permite permanecer doce horas todavía en inmersión sin el regenerador; pero si se prolonga, se renueva el aire con el "oxylithe," que es el producto más utilizado. Renovado el aire, un submarino puede permanecer veinticuatro horas y más sin volver a la superficie.

La vida en esta forma es penosa; cuanto más se permanece bajo el agua, más se debilitan los hombres.

Se debe navegar en la superficie siempre que sea posible, porque los marinos pueden estar en el puente, hacer ejercicio, llenar los pulmones de aire fresco. Cuando se navega en la superficie con buen tiempo, la

cocina se establece en el puente y los alimentos se preparan con todo el cuidado posible; cuando la estancia sobre el puente es difícil, los hombres no son apenas privados de alimentos calientes.

El submarino lleva una cocina eléctrica para cocer los víveres, que son un poco mejores que los que se dan a otros marinos, puesto que es preciso combatir la anemia que ocasiona la estancia a bordo.

Los víveres frescos se deterioran muy rápidamente a bordo de los submarinos; en este ambiente saturado de gases deletéreos procedentes de los motores, de los acumuladores, de las emanaciones humanas, los víveres se gastan pronto y es necesaria la alimentación con reservas.

De El Nuevo Tiempo

Origen de las estampillas

Viajando en 1835 sir Rowland Hill, por el norte de Inglaterra, llegó a una posada, donde se detuvo para tomar algo, y encontrarse allí con un empleado de correos que traía una carta para una joven, hija del posadero. Salió la joven para recibirla y, examinada, preguntó por el precio del porte. La cantidad era bastante crecida para ella, pues el empleado le pedía un chelín. La joven, al oírlo, suspiró y dijo que la carta era de su hermano, pero que, no teniendo el importe, se veía obligada a devolvérsela. Movido a compasión, Rowland Hill le ofreció a la joven pagar el importe. Opúsose ella y lo rehusó con energía. El viajero a pesar de su resistencia, pagó al empleado, y habiendo este cobrado el chelín, se alejó. Después de lo cual, la graciosa hija del posadero contó a su bienhechor la razón de su resistencia. «Nosotros somos tan pobres—dijo ella—que para poder dispensarnos de pagar las cartas hemos convenido marcar en el sobre dos o tres señales por las que sabemos si estamos uno y otro en

la nube la que todavía nos dominaba) me di cuenta de que las nubes destilaban gotas de agua en las rocas y en las gramas. Siendo estudiante, pues, me preguntaba a mí mismo, existen los volcanes de fuego, los volcanes de barro, los geysers de aguas calientes, las fuentes termales, muchas veces acompañadas de aguas frías, ¿porqué no existirían corrientes de aguas frías expulsadas por entre las grietas de las cordilleras hasta las cumbres? Falta un docto, para observar en este páramo de Chingaza con su termómetro y calcular la cantidad de agua que cae, el volumen de agua del río, y la superficie que recibe la lluvia. Es de admirar verdaderamente cómo corren por todas partes, tantas aguas, hasta ocasionar derrumbes colosales en las torres de los Órganos.

La recompensa de nuestro valor, la que la Virgen nos proporcionó,

EL CHINGAZA

El Sr. Luis Romero tuvo la bondad de proporcionarme una bestia y darme, con toda confianza, la llave de su casa de Chingaza manifestándome la pena de no tener lugar para acompañarme hasta su hacienda. Esta hacienda es una conquista magnífica sobre la selva al pie del páramo. Ahí observé, como en la Samaria del señor Castillo los manzanos. Que de recursos! si se diera conferencias sobre agricultura, para enseñar la arboricultura. Los árboles frutales de Europa se dan en muy buenas condiciones. Lastima que se ignore el modo de cultivarlos.

El viernes a las 7 y $\frac{1}{2}$ salimos por entre la selva. A las 11 a. m. nos sentamos a comer, en el páramo. Puse mi termómetro sobre un palo. Estábamos a la altura de 3,800

m. ¿que opina su Reverencia? el termómetro indicaba 16° grados. Cruzamos el páramo por donde había pasado en mi segunda excursión y llegamos a la roca, nuestra primitiva posada. Otra vez admiré este páramo de Chingaza en toda su maravillosa y terrible majestad, sus picachos altísimos del cerro de los Órganos, sus lagunas, ríos, caños y cascadas. Pasamos la línea divisoria de las aguas que corren al Norte y al Sur, casi desprendidas de la misma laguna.

Este misterio de las aguas, tan abundantes en las cumbres, me acompañaba en este paseo y al ver lagunas entre los picachos recordaba mis reflexiones de estudiante. Aquí, en este páramo, donde vi, en la primera correría, un mar de nubes de más de 2000 metros de espesor, (pués desde la aldea, a 1800 m. sobre el nivel del mar, subimos hasta los 4000 m. siempre en